

perdon de mis delitos, haciendo otras de caridad y de beneficencia. Dies sea
beatus. Tercio, ya el consueño que fingiaba de su bondad, un rayo de su
misericordia le derramado en sus ocellas sobre mis cansados dias; tier-
no sobre las tablas de esta larnia, y el sueño me envia ya lisonjes
consoladoras; anoche mi Laura me hablaba sonriéndose, y un sermo pío
en los brazos de mi esposa, me alegraba tambien los suyos.

Aquí cesa de hablar el buen religioso, y mirando alternativamente al
cielo y al retrete, sus pálpidos mejillas se inflaman, y después entre-
cido y el mismo tiempo penetrado de terror.

Entonces llama la campana a vespers, el monje me cogió la mano y me
la estrajo; besó la suya y la regó con mis lágrimas.

—Hijo mío, me dijo, mis desgracias han hecho en vuestra alma una im-
presion profunda. Si el mundo os seduce, si los atractivos del vicio os encade-
nan, pensad en el padre Casimiro. Amad la virtud, hijo mío, amadla.

—Hijo mío, me dijo, mis desgracias han hecho en vuestra alma una im-
presion profunda. Si el mundo os seduce, si los atractivos del vicio os encade-
nan, pensad en el padre Casimiro. Amad la virtud, hijo mío, amadla.

Tal es el manuscrito que me remitió mi compañero de viaje.

La historia del monje de San Isidoro del Campo induce a la meditacion.
Puede que sea provechosa su lectura a algun alma estraviada y presa de la
torcedad de las pasiones, y en este caso, felix la pluma que haya conse-
guido tan bello y tan alfabardar trinito!

NOTAS

PERTENECIENTES AL TOMO PRIMERO.

POBLET.

I.

PÁG. 23.—LÍN. 17.

El ermitaño desplegó el pergamino, etc.

Este documento de donacion se conservó hasta nuestros dias en el archivo del monasterio. A favor de este seguro, reuniéronse á Poblet dos compañeros, pero viéndose á poco oprimidos por algunos vasallos del rey moro de Lérida, consiguieron que este, en 20 de marzo de 1130 confirmase con un decreto la donacion y privilegio del de Ciurana.

II.

PÁG. 36.—LÍN. 17.

poteroso señor feudal era el abad, etc.

La palabra *abad* deriva del latin *abbas*, cuyo origen es hebreo: en hebreo *ab* quiere decir padre por esto se considera al abad como padre de sus religiosos. Eran los abades señores espirituales y temporales de su abadía, de los siervos que habitaban en sus tierras, de los monges que componian su comunidad. Era elegido por sus inferiores, que confiaban de este modo al mas virtuoso la direccion absoluta de los negocios de la abadía. En los siglos VI y VII empezaron los abades á mezclarse en los asuntos políticos y desde entonces representaron un papel importante en varias naciones, particularmente en Francia. Bastará recordar para ello á Suger, abad de San Dionisio, regente de Francia durante las cruzadas de Luis VII, y el poder inmenso de la abadía real de San Dionisio para dar una idea exacta de la importancia de los abades en la edad media. En igual caso se hallaban varias abadías y abades de España. Muchos hubo que disfrutaron hasta de todos los privilegios de los obispos. Tenian el derecho de llevar el báculo y la mitra con adornos de oro, pero no de piedras preciosas. En cambio,

adornaban sus báculos con magníficas esculturas en marfil ó pinturas esmaltadas sumamente curiosas.

Es fuerza observar, para inteligencia de varios pasages de esta obra, que se conocian varias clases de abades. El abad *regular* era un superior de religiosos, religioso él mismo y vistiendo el hábito de su orden. El abad *comendatario*, á partir del renacimiento en Francia, era un segundon de familia que se hacia tonsurar y prometia recibir antes de terminarse el año las órdenes y la bendicion episcopal, promesa que no se realizaba nunca. En este caso se hallaba el abad de la Trapa Armando de Rancé. Estos abades administraban los fondos de la comunidad, apropiábanse una tercera parte de sus rentas y vivian á sus espensas en la corte y en la sociedad; en cuanto á la abadía, era administrada por un prior claustral.

III.

PÁG. 37. — LÍN. 4.

varias iglesias parroquiales que estaban bajo su patronato.

Poblet tuvo célebres y distinguidos abades. Entre los mas ilustres puede contarse sin disputa á Don Francisco Oliver, digno y virtuoso varon, acérrimo defensor de los derechos de Cataluña. He ahí como se espresa sobre él el escritor Don Antonio de Bofarull en un curiosísimo artículo que, á propósito de Poblet, consagra á su memoria.

«Nunca una obra grande merece los aplausos de todos los que la contemplan, por mucho que sea su mérito.

«Por esto, los hombres de medianos conocimientos, aun cuando tengan un crecido número que les alaben, se ven contradecidos por los que valen mas que ellos.

«Por esto tambien, cuando aparece un hombre que en realidad es eminente, tiene, aparte de sus muchos imitadores, una porcion de émulos que se levantan para censurar sus hechos; todo lo que es en mayor ó menor escala, segun sea el rango que ocupa en la sociedad.

«Así sucedió con el abad de Poblet don Francisco Oliver, pues apareciendo como hombre especial en su época y su pais, mereció cargos de grande importancia, que desempeñó con suma brillantez por lo que tuvo á un mismo tiempo gran número de favorecedores y no pocos contrarios.

«Era en ocasion que el principado empezaba á gemir, experimentando los primeros tiros de los reyes, que apartados en tejana corte, se avenian mal con los fueros de que aquel estaba celoso. No valia que Fernando el Católico se hubiese arrepentido, aunque tarde, de haber descuidado á Aragon, y que para establecer de nuevo este reino independiente, se casase en segundo matrimonio con doña Germana, para ver si tendria un sucesor que el cielo no le concedió. No valia que Carlos V y doña Juana mirasen con predileccion á Cataluña, hasta el extremo de conceder á los consellers de Barcelona que pudiesen cubrirse en su presencia. Felipe II, bien ó mal aconsejado, ó mejor, su gobierno, ecsigia de Cataluña cosas que no podia cumplir, pues eran las tales hijas de usanzas castellanas, y por consiguiente novedades de mal efecto para el pais; mas no lo hubieran sido, á haberse meditado de antemano la imposibilidad que resultaba de querer equiparar aquellas con las costumbres catalanas.

«El primer cuerpo civil que entonces intervenia en los asuntos de todo el principado era lo que se llamaba diputacion ó generalidad de Cataluña, compuesta de tres brazos, á saber, el militar ó de caballeros, el eclesiástico y el real ó de ciudades, quienes elejian tres diputados permanentes que les representaban en todo; y como en tal ocasion se viese agoviado tal cuerpo con las novedades á que antes se alude, llamó un refuerzo en su ayuda, y á tal efecto instituyó unas juntas anexas, que se componian de diez y ocho personas (divuytenes) interin se ponía remedio á los males que amenazaban.

«Pero sucedió como en todas las instituciones que quieren variar su primitiva y radical

«forma: la esencia de su principal objeto se debilita y á poco no hay remedio posible que la restaure. Las diez y ochenas se absorvieron mas facultades de las que les requería, y lo que habia de ser ayuda vino á ser estorbo para la generalidad, quien por otra parte no podia espulsar aquellas del todo, hasta ponerse bien con el poder supremo.

«En tales apuros, hubo nueva eleccion de diputados y fué cuando el brazo eclesiástico nombró por su representante al abad Oliver que empuñaba el báculo de Poblet.

«Está bien, dijo Oliver al saberlo; por mi parte haré cuanto sea justo y en bien del principado. Al César lo que sea del César y á Dios lo que sea de Dios. Yo defenderé á quien tenga razon y ya sea la misma generalidad ó el mismo rey quien falte, no por esto se cerrará mi boca. Ya sabeis mi comportamiento en los asuntos del monasterio y de la orden.

«Y por este estilo, seguía Oliver hablando de su nuevo nombramiento con dos amigos monges, dando un giro á la conversacion de un modo que vino á rematar por último en un debate sobre cual era el verdadero titulo que le correspondia al rey de España en Cataluña.

«Las últimas palabras escuchólas con grande atencion el portero del monasterio, y á su tiempo dieron el resultado que luego se verá.

«Era el año 1585 siendo todavia diputado Oliver, cuando éste recibió una carta del rey en la que le decia, desde Zaragoza, que deseando visitar el monasterio, se sirviese dar orden para que se le previniera y aderezase aposento, manutenciones y demás, para él y su sobrino el duque de Saboya, con la correspondiente comitiva; arreglando asimismo los caminos para que los coches y carros pudiesen pasar con toda comodidad.

«Acompañaba tal carta otra del conde Chinchon que prevenia lo mismo y que dió que pensar á los monges, por cuanto en ella decia dicho personaje «que á él ya podian admitirle en su congregacion, pues no haria entre ellos mas que lo que le correspondia como religioso» con lo que queria significar que en efecto era religioso, pero militar de la orden de Santiago.

«Tales avisos bastaron para que el abad previniese con toda la acostumbrada grandeza de Poblet el recibimiento que correspondia á Felipe II de Castilla, I de Aragon, en lo que se hicieron tantos obsequios al monarca, que hasta se le permitió llevarse ciertos pergaminos curiosos del archivo, de que estaban muy celosos los pobletanos.

«Sin embargo, la sola prevencion del abad y las innumerables órdenes que dió para que el rey Felipe estuviese bien servido, bastaron ya para que sus émulos empezaran á disfamarse, diciendo que halagaba al monarca y olvidaba el Principado. Mas como la crítica no era fundada del mismo modo que antes inventaron tal calumnia, la forjaron luego al revés, señalándole como partidario de las diez y ochenas.

«Lo que dió lugar á esto fué el siguiente suceso, á que antes se ha aludido.

«Al llegar el rey á Poblet, era costumbre aguardarle en el atrio el abad con los monges segun se ha manifestado otras veces, y tan pronto como el portero divisaba el primer correo que precedia á la comitiva, pasaba aviso á aquellos para que estuviesen prevenidos.

«Esta vez el correo iba á corta distancia del rey, y como divisase á todos el portero, dióle el capricho de cerrar la puerta, dando así margen á un suceso, con el que creia complacer á su superior.

«Al observar esto el rey, mandó á su correo que adelantase y llamara á la puerta, y obedeciendo el oficial pasó en seguida á ejecutar lo que su rey mandaba.

«—Quién es? preguntó el portero, desde dentro.

«—El rey de España; contestó el correo.

«—No le conocemos aqui.

«—Cómo nó! gritó el correo. Abrid al rey don Felipe II, rey de España.

«—Os digo, insistió el monge, que no podemos abrir en esta ocasion al rey de España, por esperar á otro soberano.

«Al oír tales palabras, el oficial iba sin duda á propasarse, mas levantándose del coche el rey Felipe, hizo una seña á aquel para que callase y gritó luego en alta voz:

«—Abrid al conde de Barcelona!

«—Esto sí, señor, dijo entonces el portero, y abriendo de par en par la puerta, fué corriendo al atrio para avisar á los monges, quienes entonaron el Te-Deum, tan pronto como S. M. puso el pié en el monasterio.

«Todos los obsequios que durante la permanencia de Felipe en Poblet se hicieron, por demás sería referirlos, así como las conversaciones que mediarían entre él y el abad, acerca los asuntos de la orden y el bienestar del Principado. Lo que es cierto, que al despedirse Oliver de su monarca, dijo las mismas palabras que pronunció al elejirle diputado, y de ello quedó tan satisfecho el rey, que le dió palabra de tener siempre su opinion en mucha estima.

«El resultado del carácter que manifestaba el abad y las pruebas de que era un hombre verdaderamente grande vinieron á descubrirse luego, pues apenas marchó el rey, continuaron las calumnias con mas empeño que nunca y de ellas salió siempre victorioso Oliver ya fuese tocante en asuntos de la orden, ya respeto á la felicidad de Cataluña.

«Primeramente, dió que hablar ya al vulgo la orden de Sixto V. mandando que ciertos religiosos de Monserrat pasasen á hacer penitencia en Poblet, pues se atribuía á rivalidad de monasterio; mas de tal modo los recibió Oliver, como lo atestiguó en una carta escrita al mismo rey, que pronto los mismos rivales se vieron en la precision de ensalzarle.

«El nuncio apostólico en la corte instaba para que se reformasen los monasterios cis-tercienses como en Flandes é Italia, y al ver que en los del país no se verificaba, acaso la maledicencia procuró tambien herir al abad; mas con otra carta del rey, descubriéronse bien los deseos de reforma que solicitaba Oliver, pero Felipe, en vista de las mismas observaciones é interesantes datos sobre reformas que se descubrian en las cartas de aquel, contestole esta vez, poniéndole el sobre de esta manera: «Al abad de Poblet, reformador general de la orden de San Bernardo»

«Si en esto fué feliz Oliver, no lo fué menos en otra emboscada que le pararon sus enemigos para disgustarle con el rey, pues lograron que el gran maestro de Malta, contraviniendo á las constituciones de Cataluña proveyese las encomiendas de estos estados en personas que no eran catalanas. Revestido aqui de toda su dignidad, Oliver corrió á Madrid, haciendo el viaje por su cuenta, y logrando de Felipe que el pleyto se siguiese en la curia romana, tuvo la suerte no solo de convencer al rey, sino de quedar triunfante y de ver levantadas cuantas censuras y excomuniones habian fulminado los nuncios apostólicos.»

«Antes de salir de Madrid dícese que habló al rey de esta manera:

«—Señor, espero no tener que verificar otro viaje por injusticias, mas si fuere preciso, bien podreis hospedarme en vuestro palacio, pues no he de moverme de él hasta alcanzar de vos remedio.

«Aludia entonces Oliver á Cataluña, donde, al llegar, encontró de nuevo apoderados de los negocios á las diez y ochenas; y como en aquella ocasion y con mas empeño que nunca tratase de destruirlas, fiadas aquellas en que no habia de volver el abad á la corte, acusáronle á Felipe diciendo que el diputado eclesiástico era el que mas le diservía, suscitando partidos y hasta, so capa de embellecer la ciudad, levantando una fortificacion en la plazuela de San Jaime (¡extraña coincidencia!) para fomentar los tumultos, como punto céntrico, y proteger á los amotinados.

«El edificio que iba á levantarse era el ensanche del palacio de la diputacion, cuya fachada se ostenta todavia en la actual plaza de San Jaime, llevando en ello solo la idea de mejora pública, como lo ostentó ya en Poblet el distinguido abad mandando fabricar el palacio abadial y otras obras estimables.

«Apurado, pues, Oliver, mandó levantar el plano de la nueva obra, emprendió otra vez el

«camino para Madrid, y una mañana, al salir de su cámara Felipe II, presentósele, repitiendo las mismas palabras de su última entrevista, y añadiendo que no se movería de allí hasta que S. M. hubiese proveído en sus negocios.

«Al volver de la corte el abad, las diez y ochenas quedaron destruidas, la paz asegurada, Cataluña protegida por el rey, y la obra de la diputacion pasó adelante, disponiendo los diputados sucesores, que en el frontis de dicho palacio y en el interior de la capilla que se distingue en el balcón del centro se ostentasen los bustos, (todavía existentes) de los tres diputados en cuya época se levantó aquella fábrica: uno de ellos es el abad de Poblet, don Francisco Oliver.

«¡Quiera Dios que tan celoso é ilustrado catalán tenga imitadores de sus hechos!

IV.

PÁG. 40. — LÍN. 19.

Los monarcas todos que han ilustrado el trono de Aragon.

Entre los ilustres personajes que visitaron el monasterio, se cuentan los reyes Católicos en 1493, el año despues de la toma de Granada, en ocasion de haber ido á celebrar cortes en Barcelona. Llegaron ante todo los infantes Don Juan y Don Fernando hijos de Boabdil el chico último rey de Granada, que se habian convertido á la fé, jóvenes de 22 á 24 años llevando en su compañía algunos eclesiásticos doctos para su buena educacion. Seis dias despues, el 9 de noviembre, al medio dia, llegó la princesa Doña Isabel, primogénita de los reyes Católicos, acompañada de nueve damas principales, la que por ser viuda de Don Alonso rey de Portugal entró del todo cubierta y dirigiéndose con gran secreto y acompañada de sus damas á la iglesia, y de allí á su aposento donde permaneció retirada.

Aquel mismo dia por la tarde llegaron los reyes con sus tres hijas las infantas Doña Juana, Doña Maria y Doña Catalina, la mayor de las cuales solo tenia catorce años, acompañadas de gran número de prelados, grandes y demas entre los que se distinguian el arzobispo de Toledo cardenal de España y patriarca de Alejandria, los arzobispos de Sevilla y de Callér y el obispo de Mallorca, el infante Don Juan de Aragon, duque de Villa Hermosa sobrino del rey, el comendador de Santiago, el adelantado de Murcia, el ayo, el maestro sala y el camarero de la reina. Entre las damas habia sesenta hijas de duques, condes y marqueses, las amas del príncipe, (mozo de 15 años que llegó cazando al anochecer), las de las infantas, y finalmente quinientas mugeres que eran las empleadas en el servicio de palacio.

Dirijia entonces el monasterio el abad Don Juan Payo Coello, quien no permitió que durante la estancia allí de las personas reales corriese la manutencion de todos los numerosos huéspedes á cargo de nadie mas que del mismo Poblet. La reina regaló al monasterio unos preciosos ornamentos de brocado bordados por ella misma durante el sitio de Granada.

Despues de su partida, fué muy celebrada la espresion de un monge que decia «que la mayor maravilla fué ver quinientas mugeres sin hablar, de modo que mas parecian monjas en dormitorio que damas en palacio.»

V.

PÁG. 52. — LIN. 28.

hijo de un error, etc.

Merecen estas cuatro palabras una esplicacion, y esta esplicacion es toda una historia, tan dramática é interesante como puede serlo la mejor ficcion de poeta. Consejo podria creérsela pronto si no viéramos referida esta verdad histórica por todos los cronistas, citando muchos además la casa en que pasó. Se la contaremos á aquellos de nuestros lectores á cuyos oídos no haya llegado; solo que sustituiremos nuestra relacion con la que hace el elegante Piferrer en sus *Recuerdos y bellezas de España* tom. I. Dice así:

«Fueron los padres del conquistador Jayme, Don Pedro I el católico y Doña Maria de Montpeller, pero son tales las circunstancias que motivaron y acompañaron el nacimiento, que no sin faltar al deber que de mencionar nuestras crónicas nos propusimos, pasaríamos por alto una sencilla relacion de aquel hecho.

«A poco de enlazado el rey Don Pedro con Doña Maria, con quien, sea dicho de paso, si pródiga en las del ánimo, anduvo la naturaleza avara en las cualidades del cuerpo, cobrola tal repugnancia, que, escandalizando á todos sus reinos, la dejó abandonada y se dió á ilícitos amores y entretenimientos. Llamara por entonces su atencion una dama de Montpeller, en cuyo obsequio justaba, y á la cual servía con armas, divisas y fiestas; bién que la noble señora cerró las puertas de su voluntad á la atencion de semejantes obsequios y servicios, y no abrió los ojos al brillo fascinador de un rey amante. Afligidos los cónsules y prohombres de la villa con tan público galanteo, habiendo compasion de su señora natural Doña Maria, que á fuer de cristiana y casta esposa procuraba ocultar su suerte sin aparecer quejosa ni aposadumbrada y marchitábase en su retiro, y teniendo en cuenta la horfandad, guerras y desgracias que forzosamente de la muerte sin hijos del rey debian resultar á estos sus reinos; trazaron como remediar estos extremos, que fué ganar para sí el privado del rey en sus tratos, y poner en ejecucion lo que sigue:

«Al indicar el privado á Don Pedro que, gracias á su persuacion, se rindiera la festejada señora á la voluntad de su real amante, y al darle cita para la siguiente noche, hizo presentarle al alborozado monarca que la dama insistía en que estuviese á oscuras el aposento, condicion en que no hizo alto el impaciente galan. Pero ya desde que se pusieron de acuerdo sobre este ardid los magistrados y el favorito, ordenaran sendas rogativas, misas y procesiones por la buena armonía de los dos esposos, y á fin de que Dios les concediese sucesion, el pueblo acudia cada día á las iglesias, aunque ignorante del fin principal de las plegarias, y solo los autores y las primeras dignidades del clero sabian el objeto á que se destinaban. Llegada la noche señalada, la reina Doña Maria, que accediera á las súplicas de los magistrados, fué para la cámara del rey, acompañándola los doce cónsules, otros tantos caballeros y ciudadanos principales de la villa, canónigos, abades, doce doncellas y dos notarios prontos á estender el acta de lo que aconteciese. Allí quedó con el rey, y entretanto, ocultos los acompañantes fuera de la cámara, encendieron los cirios, de que venian provistos, y pasaron toda la noche en fervientes súplicas y oraciones para que la tan ansiada sucesion coronase sus piadosos esfuerzos, mientras todas las iglesias de Montpeller estaban abiertas, y llenas de numeroso gentío, que por órden de sus magistrados acudian durante toda aquella noche á los rezos y plegarias.

«Despuntaba ya el día, y antes que su claridad alumbrase el engaño del rey, abrieron los acompañantes de súbito la puerta del cuarto, y formados en procesion majestuosa y con las velas encendidas entraron en él. Sobresaltose Don Pedro, é incorporándose en el lecho echó mano á la espada; pero su furor hizo lugar á nueva sorpresa, cuando arrodillándose todos y con lágrimas en los ojos: «— Señor, le dijeron, dignaos mirar quién yace á vuestro

«lado.» Y levantándose la reina, conocióla su esposo, y oyó de boca de sus fieles magistrados la relacion del caso. Aprobó el rey su buena intencion, y dejando despues confiada á su custodia Doña Maria, que no se apartó un punto de su encierro, á 2 de febrero de 1208 el feliz nacimiento de Don Jayme coronó aquella accion y regocijó á todos los aragoneses.»

Este poético hecho, tan sencilla y diestramente descrito por Piferrer, proporcionó asunto á un jóven poeta para escribir un drama que vimos representar en uno de nuestros teatros hace algunos años.

EL DESIERTO DE LAS PALMAS.

I.

PÁG. 83. — LIN. 25.

Tal fué esa muger política, etc.

Santa Teresa de Jesús es una de las glorias de España. Las cortes de 1617 y de 1626 la eligieron por patrona y abogada de estos reinos para invocarla en sus necesidades, y las cortes generales y extraordinarias de 1812 ratificaron esta disposicion en 28 de Junio.

Tres son los aspectos bajo los cuales puede y debe considerarse á esta muger verdaderamente ilustre y grande; como ejemplar de santidad y virtud, como reformadora de toda una órden religiosa y como afamada escritora. Pocos poetas pueden competir con ella en sentimiento y dulzura: en sus poesias se revela todo entero el corazon de la muger al par que la imaginacion fecunda del poeta; véase en los siguientes melancólicos versos:

Vivo sin vivir en mi
y tan alta vida espero
que muero porque no muero.
Aquesta divina union
del amor con que yo vivo,
hace á Dios ser mi cautivo
y libre mi corazon;
mas causa en mí tal pasion
ver á Dios mi prisionero,
que muero porque no muero.

Solo con la confianza
vivo de que he de morir,
porque muriendo el vivir
me asegura mi esperanza;
muerte dó el vivir se alcanza,
no te tardes que te espero,
que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
mi Dios, y dame la vida;
no me tengas impedida
en este lazo tan fuerte;
mira que muero por verte
y vivir sin tí no puedo

que muero porque no muero

Cuando me gozo, Señor,
con esperanza de verte,
viendo que puedo perderte
se me dobla mi dolor;
viviendo en tanto pavor
y esperando como espero
que muero porque no muero.

Ah! que larga es esta vida,
que duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que el alma está metida;
solo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero!

Este es el sentimiento poético en todo su vasto desarrollo, en toda su mística sublimidad. Tal debe ser el canto del ángel proscrito del cielo, condenado á permanecer en el mundo terrenal y llorando su destierro.

II.

PÁG. 83.—LÍN. 25.

un imperfecto bosquejo de esta orden, etc.

En un periódico hemos leído últimamente un recomendable artículo sobre los Carmelitas con las iniciales J. F., que son las de un apreciable escritor. Con el objeto de que nuestros lectores completen la idea que hemos procurado darles de esta orden célebre, copiaremos algunos párrafos de dicho artículo, los que tienen relación con la festividad de Nuestra Señora del Carmen, — para cuyo día fué escrito — y los que dan curiosos detalles sobre el convento que de esta orden existía en Barcelona.

Dice así:

«Declaróse su protector, — el de los Carmelitas — el piadoso Luis, rey de Francia, estendiéndose á muchos puntos de sus estados, resolviendo algunos embarcarse para España, Italia, Inglaterra y otras naciones. En esta última había un hombre de rara santidad destinado por el cielo para dar en breve grandísimo esplendor á su orden.

«Simon Stok, noble inglés, que á la edad de doce años fué conducido por el espíritu de Dios á un desierto, viviendo en la concavidad de un viejo tronco, por cuyo motivo se le dió el sobrenombre de Stok, que en inglés significa *tronco de árbol*, despues de treinta y tres años de penitente y angelical vida, noticioso del feliz arribo de los PP. Carmelitas á Inglaterra, fué inmediatamente á abrazar su instituto, cumpliendo así la voluntad revelada de la Virgen Santísima. Admitido Simon y hecha apenas la profesion religiosa, emprendió una piadosa peregrinacion, visitando descalzo primero los Santos Lugares, y recorriendo luego la Inglaterra, difundiendo por todo, el fuego divino que inflamaba su corazón.

«Elevado al cargo de superior general por unánime eleccion, fué tal su devocion á la soberana Protectora de su orden, que mereció de esta dulcísima Reina el mismo privilegiado favor que habia dispensado á nuestro glorioso San Ildefonso en Toledo. Apareciósele la escélsa Señora rodeada de una multitud de espíritus celestes, y alargándole el santo escapulario: «Recibe, hijo mio, le dijo, este escapulario para tí y para tu orden, en prenda de mi especial benevolencia, que sirva de privilegio á todos los Carmelitas. Esta es la distincion para mis hijos y siervos: «*Ecce signum salutis*. Entrégote en él una señal de predestinacion, y el emblema de paz y de

«alianza eterna, mientras que la inocencia de la vida corresponda á la santidad del hábito. «Quien tenga la dicha de morir con esta divisa de amor, no padecerá el fuego eterno, y por misericordia de mi amado Hijo, gozará de la bienaventuranza.»

«Instalada apenas en el mundo una devocion de tanto consuelo y provecho, alistáronse al punto en la naciente cofradia los príncipes, los nobles, é indistintamente toda clase de personas. El emblemático escapulario defendió los pechos de innumerable multitud de fieles. La cofradia del Carmen, la mas antigua y como el modelo de todas las otras, que por especial privilegio y distintivo tiene esta prenda gloriosa del amor de María, instrumento de tantas maravillas, es el fruto de las súplicas del afortunado Simon Stok. Siete grandes Pontífices autorizaron aquella fructifera y piadosa devocion, y tan viva es hoy en todo el orbe cristiano, señaladamente en España; á pesar de las calamidades de los tiempos y del olvido casi general de todo lo bueno, útil y provechoso, en una prodigiosa multitud de fieles como en vida de Stok. He aqui el origen de la gran fiesta que se celebra en este dia que suele llamarse, y con mucha propiedad, la fiesta del Escapulario. Nada pues se omite en esta ciudad para corresponder dignamente á los favores que de continuo reciben de la dadivosa mano de la soberana señora del Monte-Carmelo sus amantes devotos, obsequiándola con los solemnísimos cultos nacidos de su piedad y cristiano afecto.

«En otra época, cuando existian los PP. Carmelitas, no cabe duda que comunicaban mayor animacion y vida á la festividad de este dia con sus festivos cánticos y la autorizada presencia de sus inmediatos y predilectos siervos, que por estar de noche y dia esclusivamente dedicados á perpetuar su culto y devocion, parece que la fiesta tenia mayor incremento, y verificábase no obstante con otra pompa y mas religioso aparato, pues es bien sabido la aficion, ajuste y gravedad, con que la religiosa comunidad, mayor de cincuenta individuos, cantaba los solemnnes maitines en la vigilia de la festividad de la Virgen del Carmen y tambien los divinos oficios durante el novenario. Esta venerable corporacion, que solamente se ocupaba en desempeñar con fervor y asiduidad las atenciones de su sagrado instituto, era edificante por su extrema sencillez y singular observancia. Cultivábanse con esmero y predileccion los sagrados estudios, distinguiéndose aventajados oradores y hombres muy eminentes en las ciencias. Celebrábanse en este notable convento las ceremonias religiosas según el antiguo rito carmelita con la mas esquisita puntualidad y exactitud, pues era notable el tono mesurado y majestuoso con que se cantaba el canto gregoriano, por estar bien impuestos los religiosos, desde su noviciado, en este ramo indispensable para la buena entonacion y mayor brillo de los cánticos religiosos. La salve y gozos que cantaban la comunidad al anochecer de todos los sábados del año, tenían un aire melodioso y dulcemente melancólico, cuya sublime armonia arrebatava al alma devota, como si conservase todavia aquel sublime tono poético oriental, importado de donde tuvo su cuna la religion carmelitana. Recordamos aun el placer y dulce arrobamiento que en nuestra niñez, producía en nuestros corazones el sonoro órgano, acompañando los afinados y magestuosos acentos de la venerable comunidad, en todas las fiestas solemnnes que se celebraban en el curso del año, en el sagrado templo en cuyo altar mayor presidia la Reina y Madre de la religion carmelitana.

«El convento de Barcelona, uno de los primeros del orden y la cabeza de toda la provincia, fundóse según unos en el año 1287, pero según los datos que hemos examinado, parece mas probable hubiese sido fundado en el año 1293. El templo era de una sola nave bastante capaz en altura y longitud, pero de desproporcionadas formas. Conociase que la mano que dirigió la traza y construccion de la iglesia y su claustro, no tenía ni el gusto, ni el primor, ni el espíritu de los que edificaron otros templos en aquel mismo siglo. No obstante era imponente y magnífico su aspecto.

«Su antiguo retablo mayor era riquísimo en pinturas, de la hábil mano del insigne pintor catalan hijo de Barcelona, Pedro Cuquet, el cual fué despues reemplazado por otro de mamposteria del gusto dominante del siglo XIX, por cuyo motivo resistió el voraz incendio que sufrió la iglesia en 1835. Antiguamente conservábanse algunos altares de forma gótica y pinturas de bastante mérito, que fueron sucesivamente desapareciendo, cambiándose